

# DEBATE

## Carta abierta a Edward Malefakis

Enviado esta vez desde Zaragoza por don Eudaldo Casanova Surroca y don Fernando Ruiz García, hemos recibido en TIEMPO DE HISTORIA un nuevo escrito contra algunas de las tesis y apreciaciones sobre la trayectoria del P. S. O. E. que exponía el profesor Edward Malefakis en la entrevista que publicamos hace dos meses. Como en el caso de la respuesta de don Justo Martínez Amutio que insertábamos en nuestro número anterior, nos limitamos a servir de transmisores de una polémica que puede arrojar importante luz en torno a acontecimientos y personalidades de nuestra reciente Historia.

Habiendo leído en el número 8 de TIEMPO DE HISTORIA sus apreciaciones acerca de la práctica política del P. S. O. E. en el período 33-36, nos sorprendió el que, aun tratándose de una entrevista periodística, hiciese usted uso de elementos de análisis que consideramos al margen de un estudio o valoración que se pretendan científicos. Señalaríamos como tales, en primer lugar, el tratamiento particularista y superestructural de un problema —la evolución del P. S. O. E.— que necesariamente se engarza en un contexto nacional e internacional del cual usted le desvincula, omitiendo hacer referencia a ello para explicar determinadas actitudes. En segundo lugar, y como consecuencia, el recurso a la explicación personalista y psicologista de

la dinámica histórica de este partido, que aparece referida a la conducta personal de sus jefes, o a «factores emocionales», antes que a motivaciones estructurales. De hecho, usted llega a proponer una explicación puramente irracional de un hecho histórico.

Estamos totalmente de acuerdo con usted en que resulta muy difícil comprender a nivel psicológico el viraje «izquierdista» de Largo Caballero, porque —creemos— no se trata tanto de un cambio personal como de un cambio dentro del movimiento obrero en general. No es, por tanto, a nivel psicológico donde debemos buscar las razones del cambio, sino a nivel de las «realidades objetivas». Es aquí donde se sitúa el eje de nuestro desacuerdo con usted. Obvia-

mente, sus «realidades objetivas» no son las mismas que Largo Caballero veía, o las que nosotros apreciamos. Para usted, la traducción de estas «realidades» es la imposibilidad de realizar una revolución socialista en España, y la inexorable necesidad de apoyar a toda costa la tímida revolución burguesa.

Que esta revolución burguesa nace débil y en mal momento, es algo que nadie discute. Y esta debilidad no es otra que la inherente a la pseudoburguesía nacional, totalmente dependiente del capitalismo imperialista. Por eso la burguesía española no puede desarrollar históricamente sus propias tareas políticas pendientes. Su desarrollo no ha sido «orgánico», en base a efectivos propios, sino condicionado por el desarrollo de las burguesías extranjeras, más potentes. De ahí su carácter dependiente y su imposibilidad de acometer las reformas estructurales que el país demanda. En éste se ha configurado un capitalismo muy desarrollado en ciertos sectores sobre una base latifundista y semifeudal. Cogido entre estas pervivencias feudales y el creciente ímpetu del proletariado industrial, en situación poco privilegiada en la arena de la competencia internacional, el grueso de la burguesía española renuncia con la Restauración a sus últimas veleidades revolucionarias. Esto

«UNA DE LAS PRINCIPALES REFORMAS QUE EMPRENDE EL GOBIERNO ES LA AGRARIA, CON LA ILUSION DE CREARSE UNA BASE PEQUEÑOBURGUESA ADICTA A LA REPUBLICA. LOS RESULTADOS EFECTIVOS EN 1934 SON RIDICULOS: RECIBEN TIERRA 12.260 FAMILIAS SOBRE UN TOTAL DE MAS DE CUATRO MILLONES DE CAMPESINOS Y BRACEROS...» (EN LA FOTO, CAMPESINOS ANDALUCES VOTANDO EN UN COLEGIO ELECTORAL DURANTE LA REPUBLICA.)



explica que en 1931 estén a la orden del día problemas tan viejos como la Reforma Agraria, las libertades democráticas, o la laicización de la enseñanza. Y precisamente en un período en que el movimiento obrero ha llegado a su mayoría de edad con el triunfo de la primera revolución socialista de la Historia.

Así, no es de extrañar que el saldo del primer bienio republicano sea el fracaso de la política pequeño-burguesa que ni satisface al gran capital ni mucho menos al proletariado y campesinado. La composición del equipo redactor de la Constitución (copia de la de Weimar), el maurista Ossorio y el socialdemócrata Jiménez de Asúa, expresa simbólicamente el intento imposible de mezclar conservadurismo y reformismo en la probeta republicana sin que se produzcan hondísimas convulsiones sociales.

Una de las principales reformas que emprende el Gobierno es la agraria, con la ilusión de crearse una base pequeño-burguesa adicta a la República. Los resultados efectivos en 1934 son ridículos: reciben tierra 12.260 familias campesinas sobre un total de más de cuatro millones de campesinos y braceros...<sup>1</sup> Usted ha afirmado («Reforma agraria y revolución campesina...») que el volumen de tierras repartidas en todo el territorio nacional alteró significativamente la estructura social. La escueta elocuencia de algunas cifras (en 1934 el total de tierras distribuidas era de 117.837 hectáreas, mientras que sólo en la provincia de Sevilla 328 personas poseían 262.136 hectáreas), nos ahorra mayores comentarios.

¿Qué decir de la reforma en el hipertrofiado ejército, reforma tanto más urgente a partir de agosto del 32 (Sanjurjada)? Los sectores más reaccionarios del mismo se vieron incluso favorecidos con medidas tan ambiguas como la de retiro voluntario, mayoritariamente seguida por oficiales adictos a la República, mientras los «africanistas» seguían en sus puestos. Generales de

bien conocida ideología siguen figurando en la plana mayor, o son enviados como gendarmes colonialistas a Marruecos. La continuación de la aventura colonial no es sino un puro pláceme a la obra de la Monarquía y la Dictadura. En cuanto al tan cacareado anticlericalismo, en el terreno de las reformas se queda más en una fraseología jacobina que en un verdadero ataque a la infraestructura eclesial - feudal. En política obrera es visible la misma continuidad. No faltan quienes afirman incluso una inacción en este sentido.<sup>2</sup>

Los salarios industriales oscilan entre 6 y 10 pesetas, y el agrícola queda fijado al principio de la República en 5,50 (con carácter puramente nominal). No se dispone de cifras sobre la evolución de los precios en 1934, pero es generalmente admitido que en este año se alcanza la máxima tensión salarios - precios del período 33-35 (es a partir del otoño del 33 cuando empiezan a sufrirse en España las consecuencias de la crisis de 1929). Es interesante apreciar

cialmente en el campo). La cota total de 1933 es de casi 700.000 parados, lo que supone un índice aproximado de un 20 por 100 sobre el total de asalariados. En este mismo período, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (F. N. T. T.), adscrita a la U. G. T., pasa de 100.000 a 445.000 afiliados. La U. G. T., que en el 30 cuenta 280.000, llega al millón en el 32. El P. S. O. E., en el mismo período, varía, según unas fuentes<sup>4</sup>, de 30.000 a 80.000, y según otras<sup>5</sup>, de 16.800 a 75.000.

Las demandas de mejora económica de los trabajadores, generalmente insatisfechas, se traducen en un movimiento huelguístico de considerable amplitud, contra el que la República lanza sistemáticamente los cuerpos represivos tradicionales, incrementados con la creación de la Guardia de Asalto. Una mirada al siguiente cuadro nos permitirá comprobar el extraordinario aumento de la combatividad obrera, y cómo —dato fundamental— el año 33 ostenta la máxima absoluta de esa combatividad<sup>6</sup>.

Año	Número huelgas	Número huelguistas	Número jornadas perdidas
1931	734	236.177	3.800.000
1932	681	269.104	3.500.000
1933	1.127	843.303	14.500.000
1934	594	741.878	11.100.000

cómo sobre índice 100, los salarios en 1934 representan 124, y el coste de la vida, 172<sup>3</sup>. Según cálculos propios, el gasto mínimo exclusivamente de manutención, para una familia obrera de cuatro personas en 1935 (amortiguada el alza de precios) oscilaba entre 42 y 46 pesetas a la semana. Relacionese la cifra con los salarios antes citados, teniendo en cuenta que el núcleo de la dieta es el pan, las féculas y las legumbres. Por otra parte, merecen especial consideración los índices de paro (espe-

Júzguese lo difícil de la posición de Caballero, «estratégicamente» colocado en el Ministerio de Trabajo. Nadie mejor que él para apreciar diariamente desde su mesa de trabajo la enorme radicalización, y comenzar a palpar el antagonismo entre el Gobierno en el que participa y las masas obreras a las que representa. Su salida del Gobierno no se debe ni a un cambio teórico ni psicológico: es una imposición del movimiento

<sup>4</sup> Dolores Ibarruri y otros: *Guerra y revolución en España*. Edt. Progreso. Moscú, 1966.

<sup>5</sup> Tuñón, op. cit.

<sup>6</sup> Juan Pablo Fusi: *El movimiento socialista en España. 1879-1939*. Artículo publicado en «La Actualidad económica» (25-V-74) dentro de la separata «Socialismo en España».

<sup>2</sup> Gómez Casas: *Historia del anarcosindicalismo español*. ZYX., págs. 152-156 y siguientes.

<sup>3</sup> Tuñón de Lara: *Historia del movimiento obrero español*. Ed. Taurus.

<sup>1</sup> *La Reforma Agraria en España*. Instituto de Reforma Agraria. Valencia, mayo de 1934, pag. 38.



«EL TRIUNFO DE LA C. E. D. A. SIGNIFICA LA CONTRAOFENSIVA GENERALIZADA DEL GRAN CAPITAL, CONTRAOFENSIVA QUE SOLO PUEDE IMPONERSE A BASE DE LIQUIDAR EL INCOMODO MARCO DEMOCRATICO QUE HA LEGADO LA COALICION REPUBLICANO-SOCIALISTA». (LA IMAGEN MUESTRA A LOS PRINCIPALES MIEMBROS DEL «BLOQUE NACIONAL», CON GIL ROBLES—MAXIMO DIRIGENTE DE LA C. E. D. A.—, SENTADO EN EL CENTRO DE LA PRIMERA FILA, Y RODEADO POR, DE IZQUIERDA A DERECHA, ABILIO CALDERON, GOICOECHEA, ROYO VILLANUEVA Y CASANUEVA.)

de masas <sup>7</sup>, tras la cual comenzará verdaderamente la teorización de una nueva política obrera, de la cual, frente a un Besteiro logicista y fabiano, o a un Prieto más ligado al capital vasco que a las aspiraciones obreras, el único forjador posible es Caballero.

Discrepamos también con usted cuando atribuye a la «mala fe» de los republicanos de izquierda el «tempo lento» de las reformas. No entendemos el significado del término «mala fe» en política, si no es como expresión de los intereses de clase en litigio. En definitiva, la argumentación de usted se dirige a demostrar la necesidad de reconstruir un pacto que ha caído víctima de sus propias contradicciones.

Ciertamente que la dirección socialista podía seguir dando apoyo a los partidos republicanos de izquierda, pero esto a costa de enfrentarse con su propia base y

perder de vista su propio programa mínimo. Ramos Oliveira <sup>8</sup> caracteriza esta situación así:

*«... la misión del Partido Socialista estribaba, según criterio tácitamente aceptado por todos, en auxiliar a los republicanos y plegarse a la línea política de estos partidos. En una palabra, en ser un partido republicano más...»*

*rios. Ellos, los ministros socialistas, ponen su inteligencia y actividad en estos momentos al servicio de la causa burguesa.»*

De las dos partes de la coalición, sólo una, los republicanos, privados de una base de masas comparable a cualquier organización, obrera, necesitaba vitalmente de la otra parte para hacer realidad, siquiera por un breve período, el sueño imposible de una república pequeñoburguesa sin disolverse ante el marasmo de las derechas reaccionarias.

Al concluir el primer bienio, la colaboración del P. S. O. E. en el Gobierno, entre otras causas hará tan difícil el entendimiento entre la izquierda de cara a las elecciones, que el triunfo del frente derechista está asegurado. Con la entrada de la crisis económica y la subida de Hitler al poder, el triunfo de la C. E. D. A. cobra su verdadera dimensión: se trata de la contraofensiva generalizada del gran capital, contraofensiva que sólo puede imponerse a base de liquidar el —en esos momentos— incómodo marco democrático que le ha legado la coalición republicano-socialista. La «objetividad del temor que se apodera de los socialistas» es incuestionable. Las derechas amenazan no sólo con dar al traste con las conquistas —exiguas— del 31-33, sino con proceder a la dessarticulación del proletariado como fuerza política. Desde el primer momento y sin ambages, la C. E. D. A. reclama todo el poder. Gil Robles pronuncia el 15 de octubre de 1933 las siguientes palabras:

<sup>7</sup> En dos años de República, la cifra de parados aumenta en 200.000, mientras entre 1932 y 1934, 20.000 afiliados al P. S. O. E. pasan al anarquismo o al comunismo.

<sup>8</sup> Ramos Oliveira: *Historia de España*. Tomo III. México, 1952, pág. 17.



prende, a nuestro entender, la posibilidad y la necesidad de llevar a cabo esa revolución socialista de la que hablaba Largo Caballero.

Anticipándonos a la pregunta inevitable que usted formulará (¿Por qué, si efectivamente era posible y necesario, el intento revolucionario fracasó?), nosotros opinamos que fue la errónea política del P. S. O. E. y del resto de las organizaciones obreras lo que impidió aprovechar al máximo aquellas condiciones. En ningún momento hubo una visión clara ni de los objetivos ni de los métodos. El apoliticismo del sindicalismo revolucionario, el oportunismo del P. C. E., dócil a las consignas del stalinizado Komintern, y la estructura y mentalidad de partido socialdemócrata, muy arraigadas en el P. S. O. E., no pueden ignorarse al buscar las causas de la derrota. El P. S. O. E., en el período preparatorio de la revolución, comete numerosos errores. El desconocimiento de la estrategia revolucionaria, la ausencia de una formación teórica puesta al día<sup>9</sup>, hará a los líderes socialistas concebir la revolución de una forma mecanicista y como algo exclusivamente propio. La misma falta de unanimidad y convicción en la directiva del Partido será una dificultad más.

Desde la subida al poder de las derechas, una oleada revolucionaria se extiende por el país (partiendo del alzamiento anarquista de diciembre del 33 y alcanzando su clímax en la huelga campesina de 1934). ¿Qué hace entretanto el P. S. O. E.? No apoya el movimiento anarquista, dejando intacto el abismo ideológico que separa a ambos movimientos. (No será de extrañar que en el 34 los anarquistas se nieguen a secundar el movimiento en Barcelona, Zaragoza, etc.) Tampoco en la gran huelga campesina acepta el P. S. O. E. la propuesta del P. C. E. de apoyarla con un amplio movimiento huelguístico en las ciudades, desaprovechando la posibilidad real de avanzar en la construcción de un frente de clase forjado en la unidad combativa.

(Las «Alianzas Obreras», tardías, tendrán un carácter artificial, y responderán más a un intento del P. S. O. E. de utilizar al resto de las fuerzas como base para «su» revolución.) En un número de «El Socialista» del verano del 33 puede leerse cómo Largo Caballero afirma que, triunfante la revolución, el poder será detentado por el P. S. O. E.-U. G. T., concepto que se repite hasta su inclusión en el programa revolucionario.

Analizando el citado programa de bases vemos cómo incurre en contradicciones y ambigüedades que van desde posiciones radicales (nacionalización de la tierra, disolución y reestructuración de los cuerpos represivos), hasta concesiones demagógicas (cuestión religiosa) o reformistas (reforma fiscal). Para nada se menciona la nacionalización de grandes empresas y bancos, los problemas nacionales de Catalunya y Euzkadi, ni la cuestión marroquí.

Esto en cuanto al programa de bases (elaborado por Prieto). El programa de acción elaborado por Caballero adolece de todas las deficiencias propias de quien no conoce ni siquiera teóricamente la dinámica del proceso revolucionario<sup>10</sup>.

¿Qué trabajo en el ejército había desarrollado el P. S. O. E.? ¿Y qué formación militar tenían la base y la dirección?

Creemos, contra la opinión de usted, que el Alzamiento de Asturias fue lo único que de hecho impidió la rápida derivación hacia un Gobierno clericalfascista. La ausencia de este intento, a pesar de ser un pálido reflejo de la revolución posible, hubiera producido en la clase obrera una disposición política muy distinta de la que, a pesar de la derrota, prevaleció.

Usted opina que era imposible el advenimiento del fascismo; nosotros creemos que ante la imposibilidad de dar salida al impasse político de la burguesía, un Gil Robles hubiera jugado un papel si no fascista, sí de antesala del fascis-

mo, al estilo de Brüning en Alemania.

Finalmente, queremos expresar nuestro total desacuerdo con la apreciación de usted de que Largo Caballero mantiene su línea izquierdista en 1936. Por el contrario, creemos que la firma por parte del P. S. O. E. del Programa del Frente Popular —que no incluye la nacionalización de la tierra— significa una vuelta estratégica al 32, concediendo de nuevo a la pequeña burguesía, encuadrada en minúsculos partidos, la posibilidad de tomar las riendas del gigantesco movimiento obrero, cerrando el camino revolucionario. El 1934 fue un fracaso; las direcciones obreras no supieron aprender de esta experiencia. Mientras para los dirigentes el Frente Popular significaba la postergación indefinida de la Revolución, la base de los partidos obreros se lanza a la misma<sup>11</sup>. De febrero de 1936 a mayo de 1937 se abre el período revolucionario en el que las masas, contradictoriamente secundadas por algunas direcciones (C. N. T. - F. A. I. - P. O. U. M.), realizan la Revolución proletaria, que acabaría siendo liquidada en 1937 por la República burguesa solamente sostenida por el P. C. E. y el P. S. O. E. Al negarse a la disolución del P. O. U. M. exigida por los stalinistas, Largo Caballero, un líder obrero honrado, pagará con el ostracismo político su postrera fidelidad a la revolución pendiente. ■ EUDALDO CASANOVA SURROCA y FERNANDO RUIZ GARCIA.

<sup>11</sup> Gabriel Jackson (*República y guerra de España*, Grijalbo): «Un cartel electoral caballerista en febrero del 36 dice textualmente: 'Si no quieres una España marxista, vota socialista'».

#### ACLARACION

Por un error no imputable al autor del artículo, en nuestro número anterior apareció equivocado el año en que se produjo el asalto al cuartel Moncada, comienzo de la Revolución cubana. Fue el 26 de julio de 1953 —y no de 1955, como se dijo por error— la fecha exacta de tal acontecimiento.

<sup>9</sup> Todavía en 1933, la Editorial del Partido ofrecía a sus militantes el «Programa de Erfurt» como «la más razonada exposición del marxismo».

<sup>10</sup> Según Hugh Thomas (*La guerra civil española*), Largo comenzará a leer a Marx y Lenin en su prisión posrevolucionaria (1934).